

LOS FUTBOLÍSIMOS

EL MISTERIO
DEL OJO DE HALCÓN

Roberto Santiago



Ilustraciones de Enrique Lorenzo

sm

Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación de diseño: Lara Peces

© del texto: Roberto Santiago, 2014
© de las ilustraciones: Enrique Lorenzo, 2014
© Ediciones SM, 2014
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323

Fax: 902 241 222

e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.







Esto es lo que ocurrió.

Estaba empezando a nevar.

Yo estaba solo, en mitad del bosque, bajo un árbol enorme, con la espalda apoyada en el tronco. Podía escuchar mi propia respiración agitada.

Miré a un lado y a otro.

No vi a nadie.

En la mano llevaba mi ametralladora T68. Acaricié el gatillo.

Los primeros copos de nieve cayeron sobre mi cabeza.

Tenía que darme prisa si no quería que la cosa fuera a peor.

Era el momento de salir, aunque me arriesgara a ser descubierto.

Respiré rápido una, dos, tres veces...

Eché de nuevo a correr. A toda velocidad, con la ametralladora en las manos pesándome cada vez más.

Escuché voces a unos metros.

–¡Allí, está allí! –gritaron.

Unos segundos después, sonó el primer disparo.

Pasó muy cerca de mí. No me dio por muy poco.

Seguí avanzando. Corriendo. Entré en una zona donde la vegetación era cada vez más densa.

Había tantas hojas en el suelo que no sabía adónde mirar. Podía haber agujeros, trampas ocultas.

Pero tenía que arriesgarme.

Simplemente, seguí corriendo.

Más y más y más rápido.

A pesar de la carrera, sus voces sonaban cada vez más cerca.



Podía escuchar sus pisadas, el ruido de las ramas al romperse a su paso, sus voces entrecortadas, sus gritos.

Eran dos.

Tal vez tres.

Estaban a punto de atraparme.

Casi no me quedaba tiempo. Me empezó a doler el costado. Flato. Apreté una mano en el lateral, y con la otra sujeté mi ametralladora, sin dejar de correr.

Por fin la vi.



Allí estaba. Delante de mí. A unos metros.

Llevaba buscándola toda la mañana, y ahora estaba al alcance de mi vista.

Aceleré en su dirección.

Tropecé con una raíz de árbol, salí trastabillado y estuve a punto de darme de morros contra el suelo, pero me apoyé en unas ramas y frené la caída.

Me dispuse a correr de nuevo...

En ese momento me di cuenta de que había perdido mi ametralladora.

Mientras buscaba entre unos arbustos, escuché las voces acercándose.

Me quedé completamente quieto. Escuchando la nieve caer. Y también sus voces.

No quedaba tiempo.

Decidí olvidarme de la ametralladora.

Decidí correr.

Decidí ir a por el objetivo.

Sin pensar en nada más.

Esquivé varios árboles, salté sobre ramas caídas, atravesé la maleza y rodeé unas piedras.

Pisé un charco y me empapé los pies. Ya me daba igual todo.

Estaba cada vez más cerca.

Sentí sus gritos, su respiración, muy cerca, llegando casi a mi altura.

Aceleré más y más. Casi no podía respirar y las piernas me dolían como si me estuvieran clavando agujas.

Iba a llegar el primero.

Estaba a punto de conseguirlo.

Solo unos pasos más...

Oí cómo me disparaban.

Así que me tiré en plancha hacia el objetivo.

Volé con los brazos extendidos...

¡Y lo alcancé!

Agarré la bandera con las dos manos...

Y justo en ese momento, sentí un impacto en mi espalda.





–¡Fue antes! –aseguró Camuñas.

–¡No digas tonterías! –protestó Toni–. La agarró después, lo ha visto todo el mundo.

Estábamos en diciembre, solo faltaban unos días para Navidad, hacía mucho frío en la sierra y nos habíamos pasado toda la mañana corriendo por el monte, buscando una bandera de color negro.

La bandera que en esos momentos yo tenía en la mano.

Alicia y Felipe, nuestros entrenadores del equipo de fútbol, la habían escondido en algún sitio dentro del bosque.

Después nos dieron una ametralladora de pintura a cada uno, y formaron dos grupos. En el equipo azul, Angustias, Tomeo, Camuñas y Paquete, que soy yo.

En el equipo rojo estaban Helena, Toni, Marilyn, Anita y Ocho.

Todos jugamos en el mismo equipo de fútbol 7: Soto Alto.

Este año habíamos empezado regular en el campeonato de Liga Intercentros.

Bueno, regular no. Habíamos empezado muy mal.

Nueve partidos jugados, nueve derrotas.

Una detrás de otra.

Nadie se lo explicaba.

No es que seamos el mejor equipo de la sierra.

¡Pero perder todos los partidos!

Nunca nos había pasado algo así.

Y justo este año en que teníamos grandes expectativas.

–Tenemos grandes expectativas en el equipo –había dicho Esteban, el director del colegio.

Pero de momento habíamos perdido los nueve primeros partidos de liga.

Un récord negativo.

Así que Alicia y Felipe decidieron que teníamos que recuperar el espíritu de equipo.

Por eso organizaron la batalla en el bosque.

Una batalla de *paintball*, disparándonos bolazos de pintura toda la mañana bajo el frío y la nieve.



–Tenéis que luchar juntos por un objetivo común –dijo Felipe.

–Recordad que sois un verdadero equipo –dijo Alicia.

–¿Pero cómo vamos a ser un verdadero equipo si tenemos que pegarnos bolazos unos a otros? –preguntó Angustias.

–Bueno, ya me entendéis –dijo Felipe–. Sois dos equipos, pero al mismo tiempo sois un solo equipo.

–Eso es –dijo Alicia–, un equipo con sacrificio, con esfuerzo...

–Con bolas de pintura –añadió Camuñas.

–Exactamente –dijo Felipe para terminar.

Y empezó la batalla.

Ganaba el primer equipo que consiguiera encontrar la bandera negra y cogerla.



El problema era que si te daban un bolazo de pintura, estabas eliminado.

Y justamente esa era la discusión.

¿Yo había cogido la bandera antes o después de que me diera el bolazo de pintura?

—¡Antes, la ha cogido antes! —gritó Tomeo.

—¡Pero si le ha pegado el bolazo en la espalda y después ha cogido la bandera, lo hemos visto todos! —protestó Marilyn—.

¿Lo hemos visto o no lo hemos visto?

En el autobús de regreso al colegio, la discusión continuó.

—Lo importante ha sido la actividad en sí —dijo Alicia—, no quién ha ganado.

–Ya, claro –protestó Anita–. Eso lo dices porque no te has pasado toda la mañana dando brincos por la sierra entre bolazos de pintura.

–Vosotros sois los entrenadores, tenéis que decir quién ha ganado –dijo Toni muy serio.

Todos levantamos la cabeza y miramos a Felipe y Alicia.

Estaban en la parte delantera del autobús.

Los dos se giraron, mirándonos con una sonrisa de oreja a oreja.

Después se miraron entre ellos.

–Pues la verdad... –dijo Felipe.

–La verdad es que es totalmente imposible saberlo –añadió Alicia.

–¿¡Cómo!?! –exclamó Camuñas.

–Pero alguna forma habrá de saberlo –dije yo.

–Aquí no hay repetición de la jugada, ni cámara lenta, ni nada –explicó Alicia.

–Pues vaya tongo –protestó Ocho–. Tanta historia, y al final ni siquiera sabemos quién ha ganado...

–Hemos ganado nosotros –dijo Toni–. La bola le dio en la espalda antes de que pudiera agarrar la bandera...

–Fue un disparo por la espalda, a traición –dijo Camuñas–, y ya tenía la bandera agarrada...

Y vuelta a empezar con la discusión.

Camuñas es mi mejor amigo, pero también es muy cabezota y nunca se da por vencido.

Mientras todos seguían discutiendo, Helena con hache, que, para el que no lo sepa, es mi vecina, y la máxima goleadora del equipo, y la chica que tiene los ojos más grandes de todo el colegio, se acercó a mí y me dijo casi susurrando:

–Debería haber un sistema en la vida para ver las cosas que nos han pasado a cámara lenta. ¿No te parece, Pakete?

–Eeeeh, sí... Supongo que sí –dije por decir algo.

–Si pudieras elegir ahora mismo un momento de toda tu vida para volver a verlo a cámara lenta, ¿cuál elegirías? –me preguntó ella.

–Pues...

La miré y pensé que si pudiera volver a ver un momento de mi vida a cámara lenta, no elegiría cuando cogí la bandera en la sierra, ni tampoco cuando ganamos el torneo de fútbol del verano pasado, ni siquiera cuando el equipo se salvó del descenso en el último segundo... Si tuviera que elegir un solo momento, a lo mejor elegiría el primer beso de mi vida.

El que me había dado Helena en el campo de fútbol a media noche hacía unos meses.

Eso es lo que pensé.

–Bueno, ¿qué momento elegirías? –insistió Helena.

La miré otra vez y dije:

–No estoy seguro, pero creo que elegiría el momento en que metí el gol de penalti y nos salvamos del descenso en el último segundo...

Ella sonrió.

Y dijo:

–Sí, claro.

Cuando Helena te mira con sus enormes ojos, parece que tiene superpoderes y que puede adivinar lo que estás pensando.

–¡Hemos ganado nosotros y no hay más que hablar! –dijo Marilyn.

La discusión seguía en el autobús.

Aunque a mí, en esos momentos, la bandera y los bolazos de pintura me daban exactamente igual.

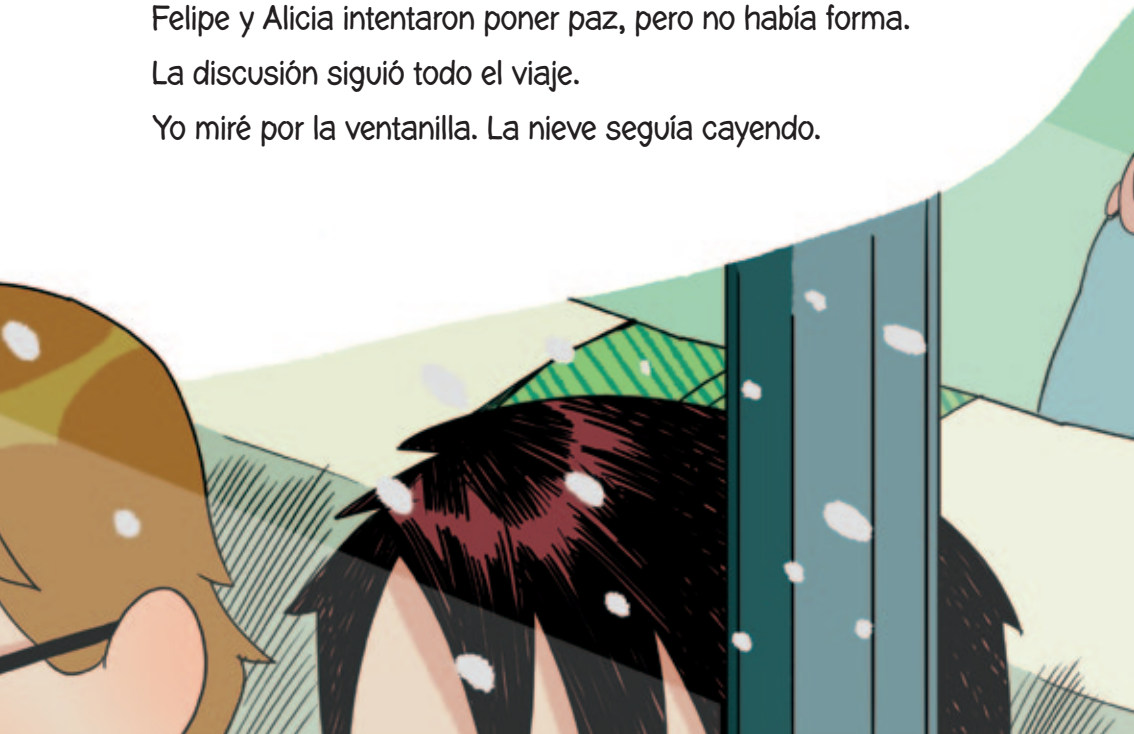
–No es por fastidiar –dijo Angustias, que siempre está viendo el lado negativo de todas las cosas–, pero a ver si con esto del *paintball*, en lugar de recuperar el espíritu de equipo, al final vamos a conseguir todo lo contrario...

Por una vez, Angustias tenía razón.

Felipe y Alicia intentaron poner paz, pero no había forma.

La discusión siguió todo el viaje.

Yo miré por la ventanilla. La nieve seguía cayendo.



A continuación, aproveché para mirar los mensajes en mi teléfono.

14:02 Francisco, cuando vuelvas haz la cama.

14:04 Francisco, acuérdate de regar las plantas, que se están quedando mustias.

14:15 Bueno, mejor no las riegues, a ver si les vas a echar demasiada agua y se ahogan.



14:16 Que sí, échales un poquito de agua, pero un poquito, no seas bruto, que te conozco.

14:17 Francisco, recoge la ropa tendida.
Acuérdate de doblarla bien.

14:18 He pensado que mejor riegue tu padre las plantas, si se acuerda.

14:19 ¡Y HAZ LA CAMA!

Evidentemente, Francisco soy yo. Aunque algunos me llaman Paco, o Paquito, o incluso Pakete.

Como llegaba la Navidad, mi madre no paraba ni un segundo en la tienda de regalos donde trabaja. No tenía tiempo para nada, así que iba repartiendo órdenes todo el día entre mi padre, mi hermano y yo.

La Navidad está muy bien por los regalos y todo eso.

Pero, al menos en mi casa, es la época de todo el año en que más se discute.

Mi madre discute con mi padre.

Mi padre discute con mi hermano mayor.

Mi hermano mayor me da collejas sin parar.

Yo discuto con mi madre.

Y así todo el tiempo...

–Yo también tengo mucho trabajo, Juana. Cuando se acerca la Navidad hay muchos robos, aumenta la delincuencia –había dicho esa mañana mi padre, que es policía municipal.

–No digas tonterías, Emilio –le respondió Juana, o sea mi madre–. Si en este pueblo nunca pasa nada.

La verdad es que en Sevilla la Chica no hay casi delincuencia, ni robos, ni mucho menos asesinatos o cosas así.

El caso es que aunque tenemos repartidas las tareas del hogar entre los cuatro de la casa, mi padre siempre pone excusas, aunque normalmente no cuelan porque ya le conocemos.

La Navidad.

Tiempo de paz, de concordia, de amor.

Eso dicen los anuncios.

Debe ser que no han pasado por mi casa.

Después de un buen rato, por fin el autobús llegó a la puerta del colegio.

La discusión sobre la bandera negra aún continuaba.

Pero en ese momento pasó una cosa.

Algo que nadie se esperaba.

Y todos nos quedamos callados por fin.

Lo que pasó es que en la puerta del colegio había un montón de gente amontonada.

Todos estaban mirando lo mismo.

Una pintada enorme en la fachada del colegio, bajo la nieve.

Una pintada gigantesca hecha con pintura roja.

Había mucha gente, alumnos y profesores y otros curiosos, mirándola.

La pintada decía:

HELENA Y CAMUÑAS SE HAN BESADO

3



Todo el mundo sabe que Helena con hache es la más guapa de clase, y a lo mejor una de las más guapas de todo el colegio.

También saben que Camuñas es un orejas y que nunca en su vida se le han dado bien las chicas.

Pero al parecer las cosas estaban cambiando últimamente.

A principios de este curso, Camuñas se hizo novio de Marilyn, o algo parecido. Desde entonces, siempre van juntos.

Ver a Camuñas con una chica ya es bastante raro.

Pero por si eso no fuera suficiente...

¡Ahora había besado a Helena!

O al menos eso ponía en la pintada.

–La pintada no va a cambiar por mucho que la sigáis mirando
–dijo Alicia.

Efectivamente, todos llevábamos un buen rato mirando la puerta del colegio, sin saber qué pensar.

O todo lo contrario: pensando muchísimas cosas.

Por un lado, estábamos pendientes de la reacción de Helena y de Camuñas, a ver qué cara ponían, qué decían.

Pero también estábamos muy atentos a Marilyn, que se había quedado muy seria desde el primer momento.

Yo también estaba pendiente de Toni, que subía y bajaba las cejas y movía los labios, como si dentro de su cabeza estuviera hirviendo algo.

Aunque él diga que no, a Toni le gusta Helena.

Bueno, yo también digo que no y en el fondo a lo mejor sí que me gusta. Pero esa es otra historia, que no tiene nada que ver ahora.

El asunto es que todos estábamos mirando la pintada y mirándonos entre nosotros.

Anita, Ocho y Tomeo cuchicheaban, echándole miradas de reojo a Marilyn.

Y también a los dos protagonistas, Camuñas y Helena, que se habían quedado con la boca abierta y cara de no entender nada.

Después, Anita se acercó a Marilyn, le puso una mano en el hombro y le dijo:

–¿Estás bien, Marilyn?

–¿Por qué iba a estar mal? A mí me da igual lo que haga Camuñas –respondió ella.



Pero por su tono de voz se veía que no le daba igual.

–No te preocupes. Seguro que es mentira –añadió Anita.

–Que yo no me preocupo –dijo Marilyn.

–Vamos a ser serios –dijo Ocho–. ¿Cómo se van a besar Camuñas y Helena? Por favor.

–Exacto –dije yo–. Eso es imposible.

–Oye, oye, oye, ¿y por qué no? A ver, ¿por qué no podemos habernos besado? –dijo Camuñas, sin darse cuenta de que se estaba metiendo en un lío, y trató de dar marcha atrás–. Que no digo que haya ocurrido, solo digo que en teoría podría ser, o sea que, por poder, sí que podría ser, vamos, digo yo, ¿o no?



Lo dijo mirando a Marilyn, pero ella no quería saber absolutamente nada de él en ese momento.

–Esto va a acabar muy mal –dijo Angustias.

–¿No podemos discutir todo esto después de merendar? –protestó Tomeo–. ¡No he comido nada desde que salimos del bosque, y mi madre dice que cada dos horas tengo que comer porque mi organismo necesita carbohidratos o no sé qué!

Por supuesto, nadie le hizo caso.

Finalmente nos volvimos hacia Helena y Camuñas, que estaban rojos como un tomate.

La duda que teníamos todos en ese momento era la misma, y Toni la dijo en voz alta:

–¿Estáis colorados porque os da vergüenza, o estáis colorados porque es verdad lo que pone en la pintada? –preguntó. Toni se había puesto delante de Camuñas, que le miraba asustado.

–Yo, yo, yo... –decía Camuñas, incapaz de terminar la frase.

–¿Tú qué, Camuñas? –preguntó Toni, cada vez más cerca de él.

–Que... qué tontería todo esto de la pintada, ¿eh? –dijo Camuñas–. Qué ganas de fastidiar, de verdad. Qué pena todo.

Helena se puso entre Toni y él.

–Además, yo creo que lo importante es averiguar quién ha puesto eso ahí –dijo ella.

–Entonces, ¿es verdad? –preguntó Toni.

–¿Y a ti qué te importa? –respondió Helena.

–A mí me importa lo que me importa –dijo Toni.

–Exacto –dijo yo otra vez–. Igual que a mí.

–Tú no te metas –dijo Toni–, que no tienes nada que ver con esto...

–¿Y tú sí? –pregunté.

Toni se giró y me miró de arriba abajo.

Parecía que me iba a dar un empujón o un golpe o incluso un puñetazo. Toni estaba muy enfadado y por un momento pensé que la iba a pagar conmigo.

–No os peleéis –dijo Camuñas–. Si todo esto es una tontería...

Toni y yo miramos a Camuñas.

Yo no entendía qué estaba pasando allí.

Me costaba imaginarme a Helena dándole un beso a Toni o a cualquier otro.

Pero... ¿a Camuñas?

¿A Camuñas, el orejas?

¿A mi mejor amigo, Camuñas?

Solo pensarlo era muy muy raro.

Miré a Helena. Pero ella desvió la mirada. Creo que era la primera vez que lo hacía, y eso hizo que todo aquello resultara todavía más extraño.

Felipe y Alicia, que llevaban todo el rato observándonos desde la distancia, acabaron acercándose.

–Bueno, chicos, vale ya. Yo creo que esto no tiene importancia, y además está nevando y hace un día precioso... –empezó a decir nuestra entrenadora.

Pero entonces Felipe, que intentaba disimular pero que se le veía que le hacía gracia la historia del beso, la frenó con el brazo.

–Deja que se expliquen, tampoco hay que cortarles –dijo él.

–¿Vamos a dejar que una pintada que ha podido hacer cualquiera se convierta en tema de discusión? –le preguntó su mujer, o sea Alicia.

Que yo sepa, el Soto Alto es el único equipo del mundo que tiene un matrimonio como entrenadores.

Desde que se casaron en verano, Alicia y Felipe discutían muy a menudo.

Pero luego se reconciliaban enseguida.

Eran muy pesados a veces.

–Míralo de otro modo. Esto también es trabajo en equipo, igual que la batalla de *paintball*: plantear un problema y dejar que los miembros del equipo lo resuelvan entre ellos, sin intervenir salvo caso extremo –respondió Felipe.

–Algo me dice que vamos a tener que intervenir muy pronto –respondió Alicia.

Mientras, nosotros seguíamos intentando aclarar la situación.

–Yo me quiero ir –siguió Angustias.

–¿Lo vais a explicar o no lo vais a explicar? –repitió Toni mirando a Helena y Camuñas y señalando la pintada.

–Que sí, pesado, que sí, que lo vamos a contar –dijo Helena–. Todo tiene una explicación, ¿verdad, Camuñas?

Camuñas tragó saliva.

Y movió la cabeza.

Toni alzó los brazos.

–El otro día pasó una cosa muy graciosa... –empezó Helena.

Pero justo en ese momento, una voz la interrumpió.

–Os estábamos esperando –dijo alguien.

Nos dimos la vuelta.

Era Esteban, el director del colegio.

–Ya estamos todos –dijo Esteban.



Le acompañaba Jerónimo Llorente, el presidente de la Liga Intercentros.

Los dos sonreían y parecía que estaban muy contentos.

–Entrad con nosotros. Tenemos algo importantísimo que anunciar –dijo Esteban sonriendo de oreja a oreja.

Cada vez que Esteban decía que tenía algo que anunciarnos, algo malo ocurría.

